

SALAGRUMO 28



ÍNDICE

CRONICA

Fiesta de invierno, por Diego Iturriza

ENSAYO

El subsuelo y el futuro: contracultura argentina, por Ezequiel Gatto

RESEÑA

Sobre *El diálogo oblicuo* de Nancy Calomarde, por Luciana Sastre

POESÍA

Poemas de Natalia Litvinova, selección y presentación de Óscar Martín

CRONICA

Fiesta de invierno

Diego Iturriza

El sábado la casa de Michael fue escenario de un fiestón. No por iniciativa mía precisamente —no estoy en condiciones socioculturales de concebir ni de llevar a cabo una producción de ese calibre—, sino de la chica que habita el departamento de enfrente, Rose Mary, una conocida de la casa. Diez días antes ya se había aparecido para notificar el plan de festejar su cumpleaños en lo de Michael, quien desde Sudamérica, aseguró, le dio el visto bueno.

—Es que su casa es mucho más amplia que la mía —explicó, para después establecer una fácil complicidad contra la severidad del ausente—. Claro que si estuviera Michael jamás me atrevería, ni loca, no podría. Además, aunque es mi cumpleaños hacemos la fiesta entre los dos: vos invitá a quien quieras.

A pesar de esa habilitación, sólo empecé a invitar tímidamente a alguna gente el sábado, en parte porque recién cuando vi que llegaban cajones de cerveza y vino, equipamiento de sonido y amigos que ayudarán a la del cumple a cocinar etc, tomé conciencia de que en efecto se prepara una fiesta. Pero también porque la gente que tengo para invitar es contada: Friedrich y sus satélites, más las amistadas de Silvia, que de todos modos no superarán jamás la categoría de conocidos dadas las irreconciliables diferencias en estilo de vida, apetencias, horizontes de ambición y posibilidad. Como sea, con el apresurado correr de las horas, mientras los preparativos que hacen Rose Mary & Co me van poniendo en vena de fiesta (prácticamente dan vuelta la casa, no dejan mueble sin correr ni cuadro sin descolgar, prueban la música a todo trapo haciendo temblar los doblevidrios), me pongo a hacer llamados. Marco a todos los amigos de Silvia y les pido que hagan correr la invitación. Después a Agustín, y a último momento me acuerdo también de Diether el ciego, al que tengo descuidadísimo y no veo desde el año pasado.

Con la excusa de hacer unas compras salgo y dejo solo al malón preparativo. Me voy a lo de Friedrich. Hace unos días, cuando le comenté que posiblemente hubiera una fiesta en su casa, dijo que tendría la noche ocupada en el trabajo. Ahora que me contagié el entusiasmo fiestero de Rose Mary voy decidido a convencerlo de que no puede faltar.

—Imposible —repite Friedrich—. Tal vez pueda llegar mañana temprano, a las seis y media, cuando salga. Te llamo, si querés, a ver si todavía a esa hora queda gente y voy a desayunar.

Considero no sin pena que se me cayó mi único invitado, o al menos el invitado con el que más pensaba divertirme. En eso aparece Mathilda, la compañera de piso de Friedrich. No dudo en invitarla, porque ya tenemos algo así como una relación, si bien inestable y entrecortada. Ella parece encantada: claro, voy, contá conmigo, dice con una sonrisa. La veo linda y me alegra que acepte.

Desatento o desmemoriado, sólo cuando mi amigo me lo señala recuerdo que en la misma conversación en que supe que no podría venir a la fiesta quedé en acompañarlo hoy mismo a mediatarde a una exposición sobre la raf, un tema que parece interesarle mucho — si es que los libros sobre el grupo subversivo que hay en su biblioteca pueden interpretarse así—. Bueno vamos, trataré de no colgarme mucho tiempo, digo.

Como dos moscas sobrevivientes en la oscura tarde de enero, vamos dejando cada uno con su bici una marca efímera en la nevisca sucia de la calle, y cuando al fin ponemos pie en el vestíbulo de la galería-museo donde se hace la muestra, nos encontramos con Chloè. Es una amiga holandesa de Friedrich que cursa en Berlín algunas materias de su carrera de bióloga con una beca Erasmus. Alguien de otro mundo, no sólo por venir de una familia modelo de Amsterdam y estudiar biología etc, sino sobre todo porque tiene 21 años, lo que la hace intensamente graciosa y linda.

Casi de la mano recorreremos los tres, sea juntos o en pares alternados, los cuatro pisos que ocupa la exposición *Zur Vorstellung des Terrors: die raf*. Es una vasta colección de correlatos artísticos y mediáticos de la violencia que durante tres décadas practicó la célebre Fracción del Ejército Rojo. En ese lapso la agrupación asesinó a figuras emblemáticas de lo que aún hoy se designa “complejo militar industrial”: banqueros, ministros o altos jefes militares que según la teoría que daba pie a sus acciones encarnaban la racionalidad del totalizador sistema en el que todavía vivimos. También mataron a algunos de sus empleados, como choferes, o a familiares, muertos que en diarios y revistas tienen un tratamiento diferenciado, de víctimas al mismo tiempo más injustas pero también subalternas.

Si bien la extensísima exposición tiene su centro jerárquico y espacial en las “obras de arte” (algunas firmadas por artistas de gran renombre y precio, como Joseph Beuys), lo que más gente atrae son los recortes periodísticos, tapas de revistas y videos fragmento de noticieros, cuyo régimen es el del documento. El catálogo anima al visitante a que confronte ambos conjuntos (arte y documentos), y con ello a reeditar el gesto de muchas de

las obras expuestas —sino de todas—, resultado de la intervención de materiales periodísticos.

Junto a piezas indiscutiblemente asignables a la industria de las noticias y al arte, hay también textos de estatuto más ambiguo firmados por personalidades como Daniel Cohn-Bendit o Slavoj Žižek. Como sea, el título (“Hacia una representación del terror”) sella el sentido de “lo representado” en los términos más oficiales, por mucho que abunden las obras de arte en filigranas con otras reberveraciones. Lo confirma la recurrencia de las palabras “víctimas” y “perpetradores” (*Opfer* y *Täter*) en los carteles explicativos, las mismas que los diarios usaron durante treinta años. Tal vez haya sido una concesión indispensable para conseguir el dinero y los permisos para la muestra, pero una cosa no quita la otra ¿O acaso los miembros de la raf se llamaban a sí mismos terroristas? Nadie lo dice.

A la salida de esa exposición para semiólogos (únicos capaces de detectar en las tres décadas de recortes cómo el periodismo despolitizó la raf hasta volverla un monstruo sin principios), mientras me despido de ella, le repito a Chloë lo que ya le dije en el recorrido.

—Gracias por la invitación —vuelve a contestar a su vez, con voz semiautomática—, aunque no te prometo que vaya.

—Ja, natürlich.

Es que casi no la conozco, y encima Friedrich, que en algún momento la pretendió, no va a estar. Además, no le gustan las multitudes (soy agorafóbica, señaló ante las fotos de una manifestación popular), es más bien tímida y ni siquiera anota la dirección (me la acuerdo de memoria, soy científica, dice también, jah). Así que tampoco cuento con ella para la fiesta de la noche.

Rose Mary se come las uñas porque la fiesta empieza con escasa concurrencia.

—Te va a quedar comida para toda la semana —repite nerviosa en referencia a los platos que con tanto esmero ha preparado con la asistencia de sus amigos—; tantos litros de cerveza se van a congelar en el balcón, las botellas van a reventar. ¡Qué fracaso horrible!

A eso de las once sin embargo el timbre empieza a sonar con insistencia, y veinte minutos más tarde cae gente sin parar. La mayoría son colados que ignoran incluso que se festeja un cumpleaños. Invitados y más invitados cruzan la puerta, son torrentes de invitados, desconocidos tanto para ella como para mí, que quién sabe cómo se enteraron. Como en las buenas fiestas, nadie controla la entrada y abre quien esté cerca, sin preguntar quién es.

Llegan casi todos los amigos de Silvia (sospecho que gran parte de los colados viene por ahí), que se devoran del modo más desfachatado la comida que Rose Mary preparó para los suyos, de los que todavía ni sus luces. El combo es sorprendente. En primer lugar, dada la desnutrida relación que tienen conmigo, que hayan venido en masa (aunque todos viven a pocas cuadras y son una red bien compacta, lo que permitió que muchos se lanzaran sólo después de recibir un mensaje de texto donde los que primero habían llegado les decían “vale la pena”, “hay mucha comida” o cosas del estilo). Pero lo más asombroso es su actitud arrasadora, pues no tienen el menor prurito en comerse dos y tres platos de cada una de las ensaladas y cuscuses que se llevaron la tarde y el amor de Rose Mary y compañía. Por suerte la mayoría cae con algún aporte alcohólico, en general vodka o whisky; un par de chilenos entra al baño a darse unos pases de merca con nuevos amigos a los que convidan —o nuevos clientes—; la música hace estallar las paredes, la fiesta rumbea al descontrol.

A las cero treinta estoy fumado y ya mantuve conversaciones breves y amables con casi todos mis invitados. Agustín vino con su amigo Pablo el cameraman, que a su vez trajo a su novia Stefanía. La pareja se pone bailar y a adorarse en la actitud propia de los que se reconcilian tras una peleíta. Stefania se siente la última cerveza del estadio desde que tuve el tupé de proponerle que posara desnuda para un número especial de la Playboy mexicana. En una noche enfebrecida la imaginó desnuda, echada sobre unas pieles, revolviendo las piernas. La locación sería un descomunal monumento erigido en tiempos comunistas para conmemorar la gesta de los pueblos soviéticos en la guerra contra los nazis. Ella iba estar en medio de la nieve, al pie de la estatua mayor (un soldado de diez metros de altura que aplasta una esvástica y carga un niño en brazos), y la tapa la presentaría con el título “60 años después del fin de la Guerra, volvemos a conquistar Berlín”. Un número especial que nunca se hará fuera de mi imaginación, y que también en ese dominio produce un entredicho diplomático entre México y Alemania y con él la ruina de los ruines editores y empresarios para los que todavía de vez en cuando escribo, unos piojosos que me adeudan cantidad de colaboraciones.

—Sólo lo haría por muchos miles de euros —contestó la chica con una severa sonrisa al escuchar la propuesta.

Como si alguien alguna vez se los fuera a pagar por desnudarse, pobre ilusa. Es una linda chica, pero está lejos de ser una potra, y mucho más una diosa. En América Latina sería atractiva por su pelo rubio, su piel blanquísima y sobre todo por tener facciones moldeadas a golpes de hacha. Es decir, por la pura diferencia. Pero se tomó la propuesta con una seriedad militar, en parte porque es de una familia católica de Baviera entre cuyas

posesiones se cuentan un yate y una casa de campo en la Toscana (se ocupó de hacérmelo saber Agustín), región que para esta gente es el epítome de la sensualidad mediterránea.

Mientras sus amigos bailan su miel, le hago el aguante a Agustín, que como vino solo y está colgado se me adhiere. El pobre hace rato que no engancha nada.

—Cómo le bajaría los lompas a ese bombonazo —repite con una frecuencia rayana en la pesadez, apuntando a diversos muchachos cool y larguiruchos que andan por la fiesta y que probablemente ni siquiera lo hayan registrado.

Diether el ciego llega, tal como anunció, con uno de los conviues que estaba en su casa (el de la risa amplia y sonora), con quien se aposenta en un sillón en pleno centro de la escena, transformándose en una fuente de irradiación energética. Entra envuelto en capas polvorientas de abrigos adornados con remiendos y eslóganes queer antifascistas, pero en la casa se queda en musculosa verde, pantalones negros y borceguíes. Refulge con su estrellita en la frente y el conejo juguetero sobre la piel rosada y blanca. De una bolsita de tela de jeans que lleva como una cartera saca un taper redondo que abre y pone sobre su falda. Tiene galletitas, que la gente picotea al pasar tras cruzar con él un par de palabras.

—Son de marihuana —repite al percibir una mano en el recipiente, que tras media hora de ese régimen vuelve vacío a la bolsita de jeans donde llegó. Las horneó él mismo, asistido por uno de su casa, con una receta que le pasó uno de sus múltiples amigos y conocidos del ambiente. El ciego es uno de los hits de la fiesta, a la que da sin duda gran parte de su carácter. Todos conversan con él. Me le siento un rato al lado y le cuento a grandes rasgos quiénes son los que están y quiénes faltan.

—¿Seguís sin haber resuelto el tema de los papeles? —inquieta de súbito. Después pide detalles, movido por una curiosidad sobre aspectos técnicos que hasta ahora no se había manifestado y no parece lo más apropiado para una festichola— Así que la única solución es casarte —concluye tras el breve racconto, y juraría que en la constatación hay un tinte de complacencia.

—Eso parece.

—¿Y estarías dispuesto a casarte con un hombre?

—Sí. También serviría...

—¿Te gustaron las galletitas? —vuelve a saltar de surco el ciego.

—Buenísimas —me eché tres y ya nado suavemente en la esponjosa materia que habilita ese modo del consumo de la droga— ¿Y vos cómo estás?

—Bien. Aunque hoy tengo muy fuertes las luces. Es bastante terrible y desagradable. Pero mañana voy a estar mejor, y en todo caso prefiero vivirlo acá que estar solo en mi casa.

Ya me ha contado que hay épocas en que siente su vista azotada por una tempestad de luces brillantes (enceguecedoras dijo). Son el correlato nervioso de la muerte (*Verfall*) de sus

células oculares, que aunque ya inútiles para ver continúan incandesciendo indefinidamente como estrellas que se apagan. A veces lo obnubilan y lo dejan exhausto, al borde de la locura, agregó. Las luces, por suerte, no le quitan el buen humor ni el apetito, por lo que no se hace repetir el ofrecimiento de Rose Mary y ayudándose con los dedos deglute el plato que la chica le alcanza, una selección de lo mejor que hay sobre la mesa.

Ya está avanzada la hora y Mathilda no aparece, lo que es una lástima, porque sería una buena ocasión para alimentar la irregular relación que vamos estrechando de vernos una y otra vez en lo de Friedrich.

—Me encanta que vengas de visita —me dijo un día mientras compartíamos un té y el frío de la cocina—. Friedrich se apacigua cuando estás vos. Vuelve a ser alguien con quien se puede convivir.

Gracias a ésa y otras amabilidades empezamos a conversar, y poco a poco fui conociendo detalles de su vida. Por ejemplo, que espía con un largavistas a su ex novio. El chico acaba de dejarla y vive en un edificio que está al otro lado del parque. Ella llora en silencio mientras enfoca desde su ventana. Además tiene una ocupación que me resultó novedosa: es terapeuta de arte. Pone a pintar, dibujar o esculpir, a hacer música tal vez, a pacientes con perturbaciones psicológicas. Por todo eso, a pesar de que no tengo ninguna certeza de que podría compartir con ella la ambiciosa sensualidad de mi mundo, lamento su falta. La que en cambio sí da la gran sorpresa y llega, envuelta en una pañoleta de tonos albertinos, es Chloè, la erasmita estudiante de Biología.

—Friedrich no está, no va a venir —es lo segundo que le digo al verla, en la torpe confusión de los estupefacientes.

—Ah, qué lástima —contesta ella con tono de desengaño, aunque no puede ignorarlo.

El principal problema de que el amigo común no esté es que ella queda sola, y como no parece una chica con facilidad de palabra ni de trato me dedico un poco a acompañarla. Eso implica dejar medio en banda al otro colgado, Agustín, que de todos modos ya está suficientemente tomado como para arreglárselas solo. Ahora conversa con un muchacho granujiento de anteojos que lo mira como una señora a un cartonero. El resto de mis invitados es perfectamente autónomo y fluye de lo más armónicamente en el conjunto, así que me pongo a bailar, fumar y conversar con la holandesa.

—Qué blusa tan linda tenés —le halago sin mentir las flores irregulares y gigantes que colorean la prenda, de lo más sugerente.

—Es un regalo de mi amiga.

La respuesta (incluye ese “meine Freundin”) me recuerda que Friedrich manifestó —inspiradas tal vez por su orgullo herido cuando la mina no le dio cabida— sospechas de que como amantes Chloè prefiere a las mujeres. Encima a los minutos, en medio de la

confusión de la música, en cuya anarquía cualquier invitado se siente habilitado para meter la mano sin el menor tino ni resquemores por interrumpir rolas por la mitad, la chica se pone a bailar con una mina claramente más grande y que se ajusta bastante al estereotipo de las lesbianas de acá: cuerpo macizo, cero maquillaje, pelo corto, pantalón recto etc, que le sonrío de lo más zalamera.

—Está clarísimo —opina Agustín cuando le comento la secuencia—, está clarísimo. Por cómo baila; son lesbianas las dos y se van juntas.

Excepto porque en algún momento, tras otro rato de baile y plática muy divertido e inspirado, salimos con Chloè a tomar aire a los menos 8 del balcón y nos enlazamos en unos besos deliciosos, frescos, húmedos y vibrantes que me ponen en la vena caliente y juguetona de la adolescencia. Ella insiste en seguir en el exterior a pesar del frío —que a mí me produce temblorillos de risa— y juraría que al abrazarla y estamparla contra la pared con las manos abrigadas dentro de su ropa, acariciándole la espalda y las tetas, sin dejar de besarla y clavándola voluntariosamente a través de la ropa, la chica tiene un orgasmo. Por el modo como respira, y porque inmediatamente después de la inflexión que interpreto así se pone a llorar con toda la ternura de la tierra, en otro ritmo, una hermosura conmovedora.

—¿Por qué llorás? No llores... si sos tan linda; podría besarte durante muchas horas sin parar, en todo el cuerpo —le digo sin mentirle en una letra.

Seguimos así amasando húmedamente, hasta que en el devenir de la noche caemos en la cama y se impone coger, pero ella no quiere, no me deja a pesar de que todas las vibraciones de su cuerpo parecen empujarla a ello y vuelven a saltarle los lagrimones cuando le digo unos secretos de lengua en la entrada de la concha.

—Qué rico olor tenés —me susurra cuando ya estamos entredormidos, pegándoseme al cuello.

—Es que me puse perfume.

Me pierdo el final, las anécdotas más picantes y los grandes vómitos de la fiesta, me pierdo saber si alguien dio una sorpresa (por ejemplo el granujiento con quien con tanto entusiasmo hablaba Agustín), me pierdo la partida de los últimos invitados, todo, porque me quedo recluso en mi habitación con Chloè, en un agradable entresueño. Un par de horas después me levanto para ayudar a Rose Mary, que medio terminó de echar a los últimos destrozones y empieza a ordenar entre puteadas el quilombo que dejó irreconocible la casa de Michael. Chloè aprovecha mi ausencia, se viste y sale del cuarto a manifestar sus intenciones de irse. Nos besamos en la puerta, pero el nuevo día parece habernos bajado varios grados, y si bien todavía me echa encima sus ojos grandes y llenos de humedad, tras la dulce despedida se va.

Rose Mary está contenta (fue una fiesta histórica, cuyo registro íntegro no tiene nadie). A pesar de todo el descontrol y lo mucho que hay por hacer, sonrío y dice que fue uno de sus mejores cumpleaños. También yo lo veo así y me siento dichoso. En eso llama Friedrich desde el trabajo. Acaba de terminar su turno noche.

—Veníte a desayunar —lo invito—, aunque vamos a ser los únicos, ya se fueron todos.

El alemán me cuenta que tuvo una noche desastrosa, y mientras lo escucho pienso en cómo le diré lo que pasó con Chloè. Friedrich ya la invitó a compartir su cama —por sugerencia mía, como quien invita a tomar el té— y ella se negó. Sin embargo, cuando llega y se entera le parece de lo mejor. Se ríe.

—De todos modos —le aseguro abrazándolo— para mí lo más importante sos vos. Ya sabés cuánto te quiero.

—Bueno, te podemos compartir —contesta risueño mientras yo, pasado de alcohol, de sueño y calentura le echo unos besitos en el cuello.

Inmóvil y contento, Friedrich recibe el primer pico argentino, que cae en sus labios secos y cerrados pero igual queda bien. Tras un café y un par de medialunas se va, quedamos en que llamará más tarde, a eso de las dos, desde la casa de un amigo, Thomas. La idea es salir en grupo, con la mujer y el hijo del tal Thomas, a pasar la tarde a orillas de un lago, y ahí armar un fuego al aire libre y frío de la noche, ya que todo está tan lindo y nevado.

Sin embargo, cuando me despierto son casi las cinco y el teléfono no ha sonado. En la tarde oscura post fiesta el mundo tiene aspecto de domingo lamentable, y es lo que es. Friedrich llama finalmente cerca de las 11, y para mi sorpresa está otra vez en el trabajo. El plan del lago se suspendió, me cuenta, porque se pasó la hora y el hijo de Thomas tiene rutinas de sueño muy estrictas, que no pueden alterarse con excursiones domingueras de desempleados. Acordamos vernos al día siguiente a las cuatro de la tarde, para la clase de español que, no sé para qué, le sigo dando.

ENSAYO

El subsuelo y el futuro: contracultura argentina

Ezequiel Gatto

Tomando las propuestas analíticas que Luis Tapia ofrece para pensar el subsuelo político y las experiencias subterráneas, a los que define como un “conjunto de procesos y prácticas en condiciones de marginación y desarticulación (...) junto a nuevas que se organizan como crítica, alternativa, ironía, negación de la institucionalidad política del orden social y que, por tanto, quedan excluidas y no reconocidas”, aparece como rasgo marcado de subterrneidad el alejamiento respecto tanto de las instituciones políticas dominantes como también de los modos de vida, los deseos, las prácticas que dan cuerpo, consistencia y duración a esas instituciones. En otras palabras, a los aspectos hegemónicos de los entornos culturales. De allí que se pueda pensar lo subterráneo, a la vez, como invisible y silenciosamente transformador, como una variante de la radicalidad.

En otras palabras, un territorio-archipiélago donde pulula aquello que, por razones diversas, no alcanza superficies de visibilidad amplias (trátase de instituciones, medios de comunicación masivos, etc), donde se despliegan tanto modos de igualdad no universalista (en principio no impulsados por retóricas de la ciudadanización, aunque, según el propio Tapia, no necesariamente en conflicto con, o reactivas a, esas posibilidades) como estructuraciones rígidas, deseos autoritarios, jerarquías y subordinaciones, que destierran cualquier trazo democrático. En ese sentido, el subsuelo político como categoría requiere acoger contrastes conceptuales que impidan leerlo unívocamente como liberador o autoritario; y así como implica el desborde o la paralelización de una triangulación institucional que incluye al Estado, el mercado y las organizaciones de la sociedad civil, también puede funcionar como el magma del cual aquel trío se alimente.

Siguiendo este camino descriptivo, y teniendo en cuenta la categoría de visibilidad que supone, podríamos pensar -tipológicamente- en cuatro "posiciones/direcciones" posibles que definen en Tapia lo subterráneo como una suerte de economía política de lo visible:

1.aquello que desde prácticas sociales diversas tiende a una visibilidad mayor, leída en términos de inscripción en diversas superficies de visibilidad amplias (por ejemplo, los medios masivos, la publicidad, el derecho). Es decir, algo que se mueve de la invisibilidad a la visibilidad.

2.aquello que desde cierta visibilidad tiende a la invisibilidad. (por ejemplo, el pasaje a la clandestinidad de cierta organización).

3.aquello que tiende a una suerte de vida replegada, donde el valor de no inscribirse articula la experiencia (tal como podría pensarse de muchas pequeñas comunidades, agrupamientos cerrados, éxodos de la ciudad, pero también de configuraciones mafiosas, sectas, etc.).

4.aquello que la superficie visible amplia pretende mantener en la invisibilidad^[1].

Lo subterráneo se ha homologado muchas veces al segundo y tercer punto, mientras que su relación con el primer y cuarto no ha sido demasiado acentuada. A manera de hipótesis queremos sostener aquí que su invisibilidad raramente tuvo que ver con su incomunicación o incomunicabilidad. Al contrario, notable es la búsqueda y el despliegue de pensamientos y dispositivos que pudieran darle a lo subterráneo, desde sí mismo, posibilidades de incidir social y culturalmente. Desde lo subterráneo se han ideado formas de interpelar, intervenir y modificar lo central: sería útil, pues, indagar en esas estrategias.

Poniendo a funcionar esta inquietud en el ambiente de mi investigación actual sobre imaginarios de futuro y utopías en la Argentina de los años 60, me interesa preguntar por la constitución de un cierto discurso desde lo subterráneo en dos experiencias editoriales, las revistas Eco Contemporáneo y Contracultura (en adelante EC y CC respectivamente). Las mismas se produjeron en Buenos Aires desde los primeros años sesentas hasta comienzos de la década siguiente: específicamente, desde fines de 1961 a mediados de 1970. La segunda (1970-1971) fue, a su modo, la continuación de la primera (1961-1969): al tiempo que compartían editor (Miguel Grinberg), navegaban sobre problemáticas afines, entre las que se encontraban la creatividad, la transformación social, el arte y los movimientos sociales.

En principio, creo importante indicar algunos rasgos de la situación histórica, preñada de profundos cambios políticos y culturales, en que se inscribieron estas experiencias, es decir las décadas de 1960 y 1970 durante las cuales parecen haberse inventado figuras de activismo que se diferenciaron de otras formas de participación política y construcción colectiva.

Las prácticas artísticas orientadas a "cambiar la vida", la emergencia de nuevas teorías y estrategias que, recuperando elementos de las vanguardias de principios de

siglo, cuestionaban las divisiones entre lo racional y lo sensible tal como habían sido formuladas por el pensamiento moderno, las experiencias de vida comunitaria y las reflexiones sobre lo colectivo, la irrupción de las minorías, entre otros aspectos, entraron en relaciones combinatorias y de contaminación recíproca que llevaron a que los múltiples efectos de "la politización del arte y la estetización de la vida cotidiana" -esas dos fuerzas- sean, en gran medida, protagonistas principales de aquello que conocemos como década de los sesentas y setentas[2].

Por lo general, se tiende a ligar con exclusividad estas experiencias con ciertas dinámicas políticas, culturales y artísticas de los países altamente industrializados y centrales de la época, muy especialmente Europa occidental y Norteamérica, priorizando en las narraciones sobre Latinoamérica, Asia y África las experiencias de matriz guerrillera y partidarias. De ese modo, el inventario suele recortarse a las experiencias contraculturales y a ciertas expresiones radicales de los movimientos de minorías raciales en los Estados Unidos, a las agrupaciones y reflexiones producidas en el campo del situacionismo y en aquello que Franco Berardi denomina "la "epistemología deseante francesa"[3], a las experimentaciones sociales de los estudiantes alemanes y a la gran ola contestataria que, en la Italia de la década '69-'79, sumergió a los jóvenes -y no tan jóvenes- en diversas expresiones culturales, militantes y existenciales que procuraban articular nuevas inquietudes políticas en un horizonte de afirmación de la autonomía.

No cabe duda que los principales focos de intensidad -y referencia- se encontraban entre los recién mencionados. Sin embargo, experiencias semejantes tuvieron lugar en otros lugares del mundo tales como México, Brasil, India, Argentina, Canadá, Colombia, entre otros. A veces como efectos locales de las radiaciones metropolitanas; otras, anticipándose a ellas. Por lo general, la atención no era recíproca: las experiencias "no metropolitanas" mostraban mayor capacidad de escucha y elaboración de las experiencias afines acontecidas en territorios de los países centrales que la que éstas últimas eran capaces de desplegar respecto a las primeras.

En Argentina, fundamentalmente en Buenos Aires pero también en Rosario y La Plata, esos años son momentos de invención y difusión de prácticas culturales críticas, experimentales. A una importante cantidad de revistas en las que convivían poesía, narrativa, crítica cultural y política, se sumaría la emergencia del rock como una experiencia que, apuntalada en la música, se proponía cambiar la vida. Fueron los años del Di Tella, sus conflictos, sus tensiones, sus éxodos, los diversos caminos radicalizadores de sus protagonistas; de un conceptualismo con profundas intenciones políticas. Es asimismo el instante de aparición de intervenciones en los medios masivos de comunicación: el momento de lo que se dio en llamar Arte en los medios. También es, significativamente, el

período en que esos mismos medios participan en un fenómeno de banalización del hippismo y de ciertas tendencias del pop y su diseño como una estética, más escandalosa que disruptiva, que, al tiempo que lima sus aristas contestatarias traduce esos gestos culturales en una red de nuevas mercancías (ropa, accesorios, música, revistas, programas de televisión, películas, etc).

2.Una pulsión comunicativa

Esa es, demasiado brevemente, la situación en la que EC y CC existieron.

En ambas publicaciones se esbozaron modalidades -e imágenes- de articulación entre potencias creativas y organización colectiva que, al tiempo que procuraban inscribirse como alternativas sociales, tendencialmente replicables y multiplicables, afirmaban la chance misma de su eficacia en la sustracción respecto de las prácticas e instituciones socialmente dominantes. Precisamente, una contracultura, donde la preposición contra no debe leerse sencillamente como oposición y resistencia sino también como umbral de creación, “crisol donde bullen alternativas de futuro, donde los creadores deciden determinar su propio destino, donde los individuos toman su poder de creación y donde los pueblos amasan su liberación (...) Contracultura es amor, es vitalidad inventora, es defensa de la semilla y ataque generador[4].

La marginalidad real de las revistas EC y CC -tenían, salvo excepciones, una tirada baja- no era el horizonte de futuro o de expectativas de las revistas: se pensaban, en cambio, como una plataforma más en un proceso global de transformación de las relaciones sociales. Se pensaban incidiendo en los cambios de los que cuales se sentían parte, declinando futuros.

De esa manera, EC y CC se reconocían en un subsuelo difuso, al cual aportaban y del que se alimentaban: “Nuestro PODER JOVEN se ve ante algo que no es exactamente la Decadencia de Occidente, sino el colapso de una concepción imperialista de la Realidad. No somos naufragos, sino pioneros de formas sociales inéditas y dinámicas. Y en vez de la espectacularidad practicamos la subterrneidad"[5].

Tal como marcamos en la tipología inicial, esta subterrneidad no se oponía necesariamente a una suerte de pulsión comunicativa. La idea de marginalidad, que va a ser central en la definición de comunidad en EC y CC, en sintonía con discursos y prácticas contraculturales y críticas en otros puntos del planeta, lejos de significar pasividad, indiferencia o aislamiento respecto a las condiciones sociales más generales, debería ligarse al trabajo silencioso que se desarrolla en vistas de construir una nueva realidad[6],

"marginales porque no queremos guerrear con la sociedad actual sino que aspiramos a fundamentar la del año 2000 sin acatar ningún Acta de Sometimiento a la caducidad organizada o a la banalización de la vida"[7].

En ese sentido, sosteniendo que "la comunicación sólo es posible mediante el trabajo común"[8], esta inclinación al hacer y a la cooperación tiñó, hasta devenir rasgo, los gestos que brotaron desde EC y CC para las cuales las transformaciones importantes, definitivas, habrían de provenir de movimientos profundos, a veces invisibles y minoritarios, en los que se pondría en juego procesos inventivos y nuevas vinculaciones por sobre los acontecimientos absolutos y fundantes: "convencidos de que la construcción de una alternativa es un modo fecundo de hacer la Revolución: no aspiramos a tomar la Casa Rosada sino a tomar nuestro poder de creación"[9].

Por momentos, las revistas se imaginaban a sí mismas funcionando como un nexo, es decir, como una posibilidad de poner en conexión dos o más elementos que no lo estaban anteriormente[10], un vehículo de comunicación -tal como se nombra en el retiro de tapa del número 12- que lleva y trae novedades, que habilita contactos, que presenta. En otras ocasiones, se autodefine no desde una posición "entre" dos o más términos sino como una existencia dada a la propagación de discursos e informaciones que, se cree, movilizarán energías humanas en pos de un cambio subjetivo que transforme los modos de vida. En efecto, si es posible hacia 1967 leer el siguiente pedido: "propague la epidemia siconáutica. Disemine EC"[11], ya en el número 1 de 1961 se anuncia que "EC tiene algunos puntos de vista concretos y la propagación de ideas vivas o "difuntas" es conciente"[12]. En CC, por su parte, se prometen en el n° 4 de 1971 Manuales de contracultura que permitan a los lectores acceder a materiales inexistentes hasta entonces en Argentina, desde antipsiquiatría pasando por experiencias lisérgicas, análisis sobre The Beatles y los movimientos de lucha racial, promoviendo prácticas que pretendían ofrecer recorridos diversos a los propuestos tanto por la rutina laboral, afectiva y experiencial de las sociedades modernas como a las retóricas leninistas y heroicas de la transformación social[13].

Finalmente, existe otra imagen que parece aportar un tercer rasgo de lo que las revistas piensan de sí: "Debemos sobrepassar esta realidad, a través del acto creador. En este caso, hacer una revista es una contribución al proceso. Hacemos lo que sabemos hacer. De su confluencia con lo que otros saben hacer, saldrá algo, no sabemos si grande, pero al menos diferente" (EC 8/9, p.29). La revista se sabe parcial, necesitada, para lograr sus objetivos, de otros. Las tres imágenes funcionan complementariamente: mientras la primera da una idea conectora de la revista, la segunda deja pensarla como diseminante y la tercera como componible. A los fines prácticos, unas y otras se requieren mutuamente,

confundiéndose, perfilando un arco de recursos que pretendían fortalecer lazos comunicativos y prácticos.

3. Alternativas socioculturales

Al tiempo que se ocupaba del problema de la comunicación y del encuentro, esta cualidad subterránea implicaba un deseo de situar el conflicto social en un escenario que no reprodujera ciertas formas del enfrentamiento político. Es allí, en esa marginalidad que opera creativamente, donde "a la costumbre de vivir (inercia) antepondremos la aventura. Somos una minoría despierta por vocación, y marginal por determinación. Una comunidad paralela sin Ministerios. Los viejos de espíritu siguen eligiendo Gobiernos porque no se animan a ser ellos mismos, delegan su responsabilidad, que viene a ser como delegar el corazón y el cerebro. (...) Seguir alimentando la revolución profunda, linda tarea"[\[14\]](#). Lo profundo, otra metáfora espacial que bien puede ligarse al subsuelo o lo subterráneo, consiste en desplazar el territorio -y las referencias- donde se pone en juego la construcción social, resignificando los nombres y lugares: "en vez de convertirnos en meros opositores, tomamos nuestros poderes de creación y con miras a sentar la base de la sociedad futura (...) nos salimos de este desgraciado campeonato que sólo los mediocres llaman todavía "vida". Nos excluimos y abocamos a la creación de una alternativa plurivalente, caracterizada por la confluencia de voluntades insobornables.(...). Creemos en la acción directa espontánea. Nuestro cambio permanente es un matiz del crecimiento pleno"[\[15\]](#). De esa manera, aquella subterrneidad no sólo refiere al "underground" -cuyo nacimiento tiene lugar por aquellos años- ni al libro de Jack Kerouac Los subterráneos, sino también al viejo topo de Marx, aquél cuyo trabajo silencioso emerge a la superficie cuando ya no hay reversión posible, cuando acaecen, en simultáneo, "el estallido reparador y la eclosión de un mundo nuevo"[\[16\]](#). En ese sentido, declinando la idea de subsuelo político que nos propone Tapia, podríamos decir que en estas revistas existe una imagen que va de la invisibilidad a la visibilidad. Pero, a la vez, no se trata de una adecuación a parámetros de visibilidad anteriores sino a intentar fundar lo que una visibilidad implica; ni del Primer ni del Segundo ni tampoco del Tercer mundo: "El Cuarto Mundo es un territorio invisible que se vuelve real en todo sitio donde un ciudadano terrestre planta su semilla de futuro y se dispone a protegerla. Hay muchos modos de sembrar y muchas maneras de defender lo sembrado"[\[17\]](#). Esos territorios invisibles o inmateriales, potencialmente realizables, múltiples, aparecen como efectos y artefactos de prácticas creadoras diversas, se realiza como territorio ético y es allí, en esa ética, donde una nueva visibilidad emerge.

Sin embargo, las condiciones de esa visibilidad ética son muy delicadas. Las prácticas son portadoras de una fragilidad y una ambivalencia propia que impide su institucionalización, las condiciones dominantes las empujan a terrenos opacos o las banalizan. ¿Es posible alguna estrategia? De acuerdo a Odín Peñaloza, quien escribe en 1969 en el penúltimo número de EC: "Hay que eludir los medios de comunicación masiva, no hacer declaraciones, no dejarse fotografiar, pasar inadvertidos en toda hora y lugar[18]. Sin embargo, esa tendencia al repliegue convive con su opuesta, la combinatoria: en ese mismo escrito se propone: "Hay que autodeterminarse económicamente con pequeños talleres, granjas y acciones cooperativas análogas. Formar mini-tribus con los seres amados y evitar la infiltración de parásitos y provocadores. Estudiar -a modo de seminarios- la logística de la revolución sensible. (...) Los nódulos ... deben confluir para proyectar una conciencia revolucionaria y para desarrollar formas de lucha particulares. En el período revolucionario propiamente dicho, emergerán como cuadros activos en los centros de conflicto. Y en el período posrevolucionario sugerirán formas para la nueva vida cotidiana. Cada cosa a su hora"[19]. Inadvertidos para una cierta mirada, confluyentes para ciertas experiencias.

4.Viralidad

Nuevamente no se trata de huir, sino de pensar estratégicamente modalidades comunales cuya construcción aparece como no centralizada, dispersa, pero con intenciones de relación, de confluencia, de operación en planos diversos. No estamos en el registro del éxodo, sino en un subsuelo que se constituye como materia dinámica, que se inscribe casi por prepotencia, que no se pliega sobre sí, que se propaga viralmente: "La meta es siempre un constante y creciente contacto creativo con otros grupos afines y con organizaciones estudiantiles, cooperadoras vecinales, cooperativas gremiales. Un periódico estudiantil, un almacén de obra social sindical, una policlínica obrera, una capilla religiosa, un centro de estudios avanzados, también pueden ser zonas liberadas confluyentes"[20]. El combate de creación requiere para ser eficaz de "contactos creativos", un ida y vuelta permanente entre los espacios "liberados" y los territorios hostiles: "Ni segregarse definitivamente ni integrarse "adulonamente". Mejor un proceso de infiltración creativa. (...) No digo hacer un partido político sino un partido poético"[21]. Como si quisiera ser puesto en cuestión la disyuntiva entre reforma y revolución y, con ella, entre ocupación de las instituciones o ataque desde fuera, Peñaloza invita a pensar en procesos multilocalizados, entre los cuales, el desmontaje "desde adentro" de ciertas instituciones no es imposible. En ese sentido, cabría quizá un matiz a la idea de Tapia de que el subsuelo está habitado por "los excluidos

de las relaciones sociales; los que piensan y sienten su vida a través de creencias, discursos e interacciones no asimilables en los circuitos de comunicación y expresión que se recorren en la superficie de la sociedad dominante”, diciendo, por un lado, que no se trata de exclusiones absolutas (tal como puede deducirse de los lugares que Peñaloza refiere como potenciales espacios de intervención) sino que el subsuelo es un componente presente en situaciones muy disímiles y capaz de horadar superficies de visibilidad amplias desde sitios heterogéneos. Al mismo tiempo, es interesante conservar el hecho señalado por Tapia que el subsuelo no es únicamente pensamientos e ideas desencarnadas sino también interacciones, prácticas. En ese sentido, el subsuelo tal como se imagina desde estas revistas aparece como una transversalidad atenta a lo específico.

En ese sentido, más que sustraerse, habría el anhelo de modular una mayor cantidad de variables que afectan la propia vida, comenzando por "salirse de la Maquinaria, zafarse del "empleo" frustrante y, por ende, nocivo para la propia sensibilidad"[\[22\]](#); cuestión que se aclara si pensamos en que la referencia al "modo de vida" supone, precisamente, un deseo de modulación ampliado; se trataría, parafraseando a CC, de "la creación de una experiencia poética de la vida" que no consiste en abstraerse de las condiciones sino en generar nuevas percepciones y prácticas: creativas, instituyentes, terapéuticas, de infiltración, de exploración interior, etc. En ese sentido, aparece una visibilidad que bien puede ser leída como una crítica a lo que Tapia define como una “arquitectura de las separaciones” propia de las lógicas capitalistas y estatales. De esa manera, el subsuelo podría pensarse como ese “lugar” en que se vincula lo que en otro plano aparece desligado; pero no solamente: también podría pensarse que allí se desliga lo que en la arquitectura dominante se presenta vinculado.

En ese cruce entre comunicación, creatividad y transformación social podemos encontrar a Eco contemporáneo y Contracultura, definiendo un modo posible del subsuelo.

Bibliografía

Fuentes Primarias:

Revista Eco Contemporáneo, n° 1- 13 (de nov/dic. 1961 a abril 1969)

Revista Contracultura, n° 1-4 y 14 (agosto-noviembre, 1970 y setiembre 1971).

Berardi, Franco: Generación post-alfa, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007.

Guattari, Felix y Rolnik, Suely: Micropolítica. Cartografías del deseo, Traficantes de sueños, Madrid, 2006.

de Marinis, Pablo: "16 comentarios sobre las sociologías de las comunidades" en Revista Papeles del CEIC n° 15, enero de 2005, 1-39.

Gatto, Ezequiel: "Viviendo en una red de subtes. La revista Eco Contemporáneo." en revista digital Crítica en http://www.critica.cl/html/ezequiel_guillermo_gatto_01.html (última consulta: 23.11.10).

Gitlin, Todd: The Sixties: years of rage, days of hope, New York, Batam Books, 1987.

Giunta, Andrea: Vanguardia, internacionalismo y política, Buenos Aires, Paidós, 2001

Grinberg, Miguel: La conspiración cronópica en <http://generacionsubterranea.blogspot.com/2007/06/la-conspiracin-cronpica-texto-de-miguel.html> (última consulta: 23.11.10).

Link, Daniel: Clases. Literatura y disidencia, Buenos Aires, Norma, 2005.

Martins, Floriano: A América defendida por Miguel Grinberg: entrevista de Floriano Martins Miguel Grinberg, en <http://www.revista.agulha.nom.br/ag70grinberg.htm> (última consulta: 23.11.10).

Sazbón, José: "El fantasma, el oro y el topo: Marx y Shakespeare" en Cuadernos Políticos, numero 28, México, D.F., editorial era, abril-junio de 1981 pp. 88-103. p.95

Tapia, Luis: La política salvaje, CLACSO Coediciones La Paz: CLACSO, Muela del Diablo, Comunas, Diciembre de 2008.

Vargas Cetina, Gabriela: "La asociación efímera. Repensando el concepto de comunidad desde la literatura cyberpunk". Cuadernos de Bioética 11. Sección Doctrina., 2004. p.33

Willer, Claudio: El Corno Emplumado e Eco Contemporáneo, grandes momentos da história da cultura ibero-americana: Sergio Mondragón e Miguel Grinberg www.revista.agulha.nom.br/ag32willer.htm (última consulta: 23.11.10).

[1] Tapia, Luis: La política salvaje, CLACSO Coediciones La Paz: CLACSO, Muela del Diablo, Comunas, Diciembre de 2008.

[2] Link, Daniel: Clases. Literatura y disidencia, Buenos Aires, Norma, 2005, p. 34

[3] Berardi, Franco: Generación post-alfa, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007.

[4] CC n°1, p.1 (Editorial).

[5] EC 11, p.2: (Editorial: La comunidad invisible).

[6] EC n° 3, p.3 (editorial).

[7] EC 10, p.2 (Indómitos y marginales).

- [8] EC 6/7, p.71
- [9] EC 10, p.2
- [10] EC 4, p.4; EC 6/7, p.24
- [11] EC 10, p.16
- [12] EC 1, p.8
- [13] CC n°4, p.15 (Clasificados).
- [14] EC 8/9, p.11 (Mufa y Revolución III, de Miguel Grinberg).
- [15] EC 11, p.2: (Editorial: La comunidad invisible).
- [16] Sazbón, José: El fantasma, el oro y el topo: Marx y Shakespeare en Cuadernos Políticos, número 28, México, D.F., editorial era, abril-junio de 1981 pp. 88-103. p.95.
- [17] EC 13, p.1 (La morada de la tribu).
- [18] EC 13, p.8 (Nódulos de afinidad, de Odín Peñaloza).
- [19] EC 13, p.8 (Nódulos de afinidad, de Odín Peñaloza).
- [20] CC n° 3, p.46 y ss.(Qué? Cómo? Cuándo? Comunas).
- [21] EC n° 8/9, p.122 (Carta de Miguel Grinberg a Allen Ginsberg).
- [22] CC n° 3, p.46 y ss. (Qué? Cómo? Cuándo? Comunas).

RESENHA

Sobre *El diálogo oblicuo*, de Nancy Calomarde

Luciana Sastre

En *Barroco*, Severo Sarduy condensa el análisis de los modos en que, durante un tiempo, la forma se deforma por distintos ejercicios de presión cuya procedencia se topologiza para no tener centro. Así recorre las maneras en que la forma perfecta se ablanda, y el círculo se hace elipse, de tal modo que ésta es “generada a partir” (66) de aquél. Ahora bien, advierte, no por ello tal “derivación” se constituye en “anomalía o residuo”. Luego actualiza el análisis diciendo que sólo por “prejuicio” puede considerarse a ese efecto de la anamorfización que se disputa entre retórica y cosmología, a ese cambio del punto de partida de la mirada, en inferiores condiciones respecto de la forma original.

Por supuesto, este primer párrafo, responde a la búsqueda de sentidos que conecten obras y palabras; el diálogo de obras y su modo oblicuo de imantar palabras. Nancy Calomarde^[1] respeta en su proyecto crítico esa sensibilidad neobarroca, y hace su escucha de los ecos de las elipsis y los comprende desde una lateralidad estratégica.

En primer lugar, el contacto oblicuo entre la revista cubana *Orígenes* y la argentina *Sur*, se inicia en la constatación de la asimetría de lecturas mutuas, y allí indaga en los proyectos que se pueden hacer visibles, en los blancos. La autora se pregunta por la relación en *retombée* que entre ambas se establece, duplicada a su vez en una textualidad compuesta por la correspondencia entre los actores puestos en “escena”. Cartas, reseñas, ensayos se abordan de tal modo que no hacen de la “derivación” una lectura secundaria sino que constituyen la investigación en una tarea flexible y flexibilizante, cuyo resultado es la creación de un archivo. Entiéndase, no la rectitud del anaquel sino la mano del bibliotecario que reacomoda infinitamente las lecturas.

El capítulo I configura el tono metodológico creado para el estudio de la expectación entre La Habana y Buenos Aires con el título *Escenarios, recorridos y deslices (para llegar a Sur desde la Isla)*. Primera evidencia de un camino que se anuncia a merced de desvíos ocasionales. Más aún, esta apertura de la situación se semantiza con la mención de “trampas”, “meandro”, “espejo”, plasmandos a lo largo de los conceptos y nombres de partida como *locus* dislocado que responde a una primera pregunta: ¿Americanismo u

occidentalismo? En consecuencia, la preguntas repercuten en otros sesgos de la Modernidad. Entre *Orígenes* y *Sur*; Calomarde reconstruye la escena del debate que se inserta en el panorama internacional respecto del arte y la función del intelectual en la coyuntura de posguerra, cartografiando la heterogeneidad que entre las revistas se puede visualizar. Esto no significa un mero mapa de la tensión entre ambas sino las posibilidades de extraer del sustrato capilar de entre los textos, observaciones sobre cómo las operaciones de lectura son a su vez, trazados constitutivos de un discurso propio.

El segundo capítulo retoma la metáfora dramática con la denominación de *Escena de lectura argentina en Orígenes*. En esta plataforma circulan Borges y Vitier leyendo a José Bianco, Vitier leyendo a Borges, el diálogo de Fina García Marruz y Silvina Ocampo, la presencia de Mallea, y las escrituras de diálogos a modo de reseñas y colaboraciones. La riqueza de dimensiones en esta sección, se despliega entre los sentidos de la escritura y la lectura de unos por otros, de unos para otros. Dos figuras atraen los faros hacia sí: Ortega y Gasset y Mallea. El primero como caso paradigmático del estudio de la recepción a la vez que puente con “el pensamiento español en América” (117). El segundo, por la inflexión entre debates, entre la literatura y el ensayo, entre tiempos de cambio. Mallea tiene en el trabajo de Calomarde esa posición metonímica que anuncia la tónica de todo un trabajo atento a lo “subalterno” para elaborarlo desde un lugar singular que las revistas hacen indicial.

Otro avance de los debates y sus efectos identitarios, apunta a la lectura y traducción de los escritores norteamericanos. Calomarde señala allí la operación constitutiva de la tradición que se está creando con aguda atención a las estrategias con que las publicaciones en cuestión se posicionan frente a las metrópolis culturales. La observación advierte sobre la torsión entre “lo nuevo” y “lo nuevo entre nosotros” según lo presenta José Lezama Lima en la edición n° 31 de *Orígenes*. Ahora bien, el diálogo oblicuo ofrece el trazado del compás que sobre el mapa indica la ruta que “el otro” atraviesa en esta serie. Sintéticamente, y traicionando la minuciosidad de la explicación, baste adelantar aquí el contacto entre los programas de ambas revistas considerando el impacto de las aplicaciones a partir de la dicotomía entre metrópoli y periferia, es decir, el objetivo de “romper con las ideas de asimetría y coloniaje” (45). Desde esta primera constatación, se abordan dos cuestiones fundamentales de la pregunta americanista en la clave de las revistas: cómo comprenden la Modernidad *desigual* cada una de las publicaciones. Y, efectivamente, son analizadas las nociones de “modelo”, “memoria”, “territorio” y “sujeto”.

Tras presentar estas condiciones de visibilidad del diálogo entre revistas, la autora se dedica a explicar las direcciones, también desiguales, de la explicitación del vínculo. El aporte aquí apunta precisamente a enunciar la importancia en el trabajo de comunicación

profesional llevado adelante por José Rodríguez Feo y Pedro Henríquez Ureña, y de un modo casi novelado, las vicisitudes de Virgilio Piñera. Se delinea, está en los textos leídos pero está ante todo en la búsqueda de Calormarde, una noción de *comunidad* que se configura en un proyecto poético-político, y que gracias a la claridad de ilación podemos comprender.

Fallándole enormemente a la microfísica del estudio, vale anunciar algunos puntos nodales del segundo capítulo del libro. En primer lugar, el trabajo de lectura de las reseñas en las que se encuentran los escritores en su rol de críticos como Borges y Vitier acerca de *Las ratas* de José Bianco. La operación que la autora realiza frente a la cuestión, atraviesa la malla de menciones, alusiones y silencios entre los proyectos editoriales de cada revista, para interpretar los programas estéticos que los distinguen y más aún, indagar en esas lecturas sus tradiciones. De allí que la autora reitere los sentidos que retroactivamente se elaboran con la presencia de Bianco en *Orígenes* según Vitier, así como el análisis que Borges hace de la misma novela para *Sur*. Lecturas que revelan intenciones y tradiciones, deseos y compromisos respecto del futuro literario y político del continente.

Un apartado que reviste gran importancia es aquél dedicado a los diálogos entre tres mujeres: Fina García Marruz, Silvina Ocampo y María Zambrano. Entre ellas se configura la tríada Cuba, Argentina y España respectivamente, en torno a las definiciones de la ley de género, la traspolación a una “cultura femenina” según la poeta cubana, y una dimensión filosófica trascendentalmente enriquecida por Zambrano. Allí se construye un intercambio que dibuja un lugar de enunciación femenino y que moviliza las concepciones marcadas por una discursividad masculina, dispuntando los sentidos de nociones como memoria, historia, sujeto, con la previa atención a los problemas de pertinencias genéricas. Es aquí crucial el llamado de atención hacia qué régimen atiende a la poesía, observando la necesidad del rigor crítico para abordarla.

En este mismo capítulo se ajustan las clavijas que tensan las cuerdas: Ortega y Gasset y Mallea. Nuevamente, la elaboración que cada revista hace de sus obras e incluso de la muerte en el caso de Ortega, permiten a la autora del estudio crítico clarificaciones en cuanto a recepciones y estrategias de construcción de lo propio y lo ajeno, de la historia y el destino.

El Capítulo 3 es quizás el que representa el mayor aporte, no por una cuestión de jerarquías ya se dijo, sino porque asume la tarea ríspida de resolver una desatención como es la que ha signado a la figura de Piñera en tanto “religador”, podría decirse con Susana Zanetti, Argentina-Cuba.

Simultáneamente, el estudio recorre un campo literario y devela operaciones no sólo inquiriendo en un objeto de análisis excesivo en sí mismo, sino que se dirige hacia los

mecanismos de construcción del rol del escritor, de un canon nacional y el concomitante debate en un encuadre continental.

Ahora bien, no hay peligro de caer en el centro de la periferia. *Aurora* y *Victrola* son dos revistas argentinas que ingresan al corpus en su aspecto más superficial porque sus editores participan del panorama *Orígenes-Sur*: Wiltold Gombrowicz y Piñera, respectivamente. Como tantas veces ha señalado Roxana Patiño, las revistas culturales y literarias “palpitan lo que vendrá”, ese sentir lo aportan estas publicaciones que, en su crítica de las canonizadas, avanzan con señalamientos que procesan las fisuras de la modernidad cuando el debate centrado en la obra, la estética, la figura del intelectual y la cuestión nacional no los enfoca. De allí que la parodia del nombre de Victoria y la deformada alocución de Vitrola, dan el puntapié inicial de los blancos que apuntan: la literatura y la recurrente mención del aburrimiento en el plano estético, la modernización sin democratización en el plano político.

El capítulo final, titulado *La ficción sin límites* refiere a un corpus que excede, al mismo tiempo que el análisis indaga en la trasgresión de su propio régimen. La biografía literaria de Virgilio Piñera, en la que se contacta a la autora misma en su delicada admiración por el escritor cubano, convoca todos los sentidos del estudio en el relato de un periodo de la vida. Volviendo a la imagen inicial de la topología que este texto en particular se activa, la no poco barroca trayectoria del cubano en Buenos Aires nos da del *hombre infame*, parafraseando oblicuamente a Foucault y a Borges, las puntadas finales del tapiz pasional que en esos años, tantas obras, interminables e irreconciliables discusiones literarias o no -si es que podemos esforzarnos otra vez en distinguir- de algún modo, experimentaron.

El diálogo oblicuo, es un proyecto que se inscribe estructuralmente en la pregunta por los centros hegemónicos y sus periferias desde la selección de un objeto signado por el desequilibrio, justamente porque la operación crítica insiste en el desajuste de esa autoridad rígida de las jerarquías. Incluso, este diálogo se enuncia cortado al sesgo, cuando el riguroso trabajo de archivo realizado por la autora y la precisión teórico-metodológica con que lo explica, no se tienta con dar a sus hallazgos el tono de la certeza. Espera la conversación que, si acuerda en cuanto a lo observado, lo registre y lo transfigure porque Calomarde no sólo organiza sentidos sino que lo hace con un cuidado elegante y parsimonioso de la palabra. Esta escritura da tiempo, recuerda sus dichos, espera al lector, cuida la lectura “no con naturalidad, sino con naturaleza”.

[1] Este libro es el resultado de una selección del trabajo de tesis doctoral titulado *Escenas de lectura y escritura: Sur y Orígenes, fragmentos de un diálogo oblicuo*, que Nancy Calomarde presentó en el año 2009 en la Universidad Nacional de Córdoba. La autora se desempeña allí como docente en las cátedras de Literatura latinoamericana II y Literatura argentina II.

POESÍA

Poemas

Natalia Litvinova
(Selección y presentación Óscar Martín)

Natalia Litvinova nació en 1986 en Gómel. Bielorrusia es su lugar de memoria; sus lenguas son el ruso y el español, pues reside en Buenos Aires desde los 10 años. Esa doble experiencia se hila con una sensibilidad tan extrema que se vuelve firme trazo. El dolor y el miedo son enfrentados con una escritura clara, precisa, cálida y fría en la que nos desconocemos, nos reconocemos. *Estepariaes* su primer libro; en breve publicará el segundo, una nueva ofrenda.

lengua esteparia

desagotaré el límite de lo exacto
sufiré el naufragio más quieto
tragándome en mi intemperie.
mi pie partió y fue feliz.
mi puente se partió y fue feliz.
mi cuerpo se quebró
nacé de mí,
de mi quebrado brote
en fatigas y barcos,
en oráculos que se doran
junto al dios de un ojo,
el que oye
penetrar mi lengua esteparia.

no crezcas

vuelvo a tener la edad que nunca tuve.

mi padre se acomoda sobre mi regazo
y me susurra al oído su regalo de navidad.
acaricio sus cabellos.
no crezcas
eso no hace falta para que exista.
él insiste y crece.
ahora un cuerpo sobra.

acuarelas

la debilidad del rescate
superpone el dibujo del cuerpo
profetiza acuarelas
piernas pequeñas travestidas
temblando excusas de niña

no hay idioma que contenga

cada palabra
es piel de la nieve

una niña con una rama
escribe sobre ella

la nieve se derrite
la niña también

huida

era pequeña y caminaba entre los abedules del bosque.
la oscuridad se veía blanca y jugosa.
el musgo en forma de lenguas me acariciaba la piel.
así perdí mi inocencia: inocentemente.
casas de madera, juguetes rendidos a las rodillas lastimadas,

el cantar del gallo.
el primer desamor, no lo sé, la huida.

vida

amor, soy fruto de tu jardín.
un día caeré a la tierra
los pájaros devorarán mi pulpa
así daré vida,
eso es amor, vida.
sé que he robado
manzanas de tus pecados
pero también fui jardín
y has arrancado de mí
mi vida.